



## EL JIU-JITSU EN BILBAO

(Data La Nación)

SALAMANCA, octubre de 1908.

Estando yo el mes pasado en Bilbao, apenas se hablaba allí entre los muchachos de otra cosa que de Raku, el luchador japonés, el profesional del «jiu-jitsu». Raku por arriba y Raku por abajo; todo se volvía molernos los oídos con el nombre de Raku.

En mi casa y en la mesa, á la hora de comer, mis dos hijos mayores no hablaban de otra cosa que de Raku, comentando sus proezas profesionales en el circo. Por la calle seguía á Raku una procesión de muchachos y cuando iba al café rodeándole en la mesita situada en la acera de la calle, Raku fué durante unos días el héroe popular en Bilbao y en Vizcaya toda.

Y luego se veía á diario á los muchachuelos ejercitándose en el «jiu-jitsu» ó lucha japonesa por las calles. Frente al café donde yo concurría cuando estoy en mi pueblo hay dos chicos que se dedican á lustrar las botas y zapatos de los transeúntes, y estos dos honrados pequeños limpiabotas dejando la caja de su oficio, se ponían á luchar uno con otro, á echarse «llaves» las famosas llaves de Raku—con brazos y piernas mientras los rodeaban azuzándolos y recreándose con su juego algunos ociosos.

Hay que advertir que este hombre, Raku, fué á exhibir su arte á uno de los pueblos en que más desarrollada está la afición á los deportes, cual es Bilbao; á uno de los pueblos donde más se estima—tal vez se sobrestima—la fuerza física; á uno de los pueblos donde más pronto y mejor se adoptó en España el football, para lo que les tenía preparado á mis paisanos la afición al juego de la pelota.

De Bilbao se fué Raku á Tolosa y allí luchó con dos campeones vascos, con «Eitzcoondo»—que equivale á «pozo ó barrenadura que queda en el puchero»—y con el «burrucalari», es decir, el «luchador de Urrestilla». Y esta lucha del japonés con los dos vascos formará fecha en la historia popular vascongada, como dice muy bien Salaverria en una crónica que le ha dedicado. También en Bilbao luchó con algunos de los forzudos que hay allí.

«Burrucalari», deriva de burruca, pelea, y la pelea puede ser de dos clases: «maturríocaa» cuando es á puñetazos, y «azpiatzea» cuando se prohíbe golpearse y el juego consiste en derribar al otro al suelo, y poniéndole una rodilla sobre el pecho obligarle á que se declare vencido, con la palabra «errandi». La lucha con el japonés era «azpiatzea», es decir al «jiu-jitsu» japonés, sin poder darse patadas ó puñetazos. Y en ella fueron vencidos por el hombrerito japonés los dos «guizoness», los dos hombrones vascos.

Dice Salaverria describiéndolo:

«El burrucalari de Urrestilla había logrado derribar al japonés: le puso la rodilla encima, le atenazó con sus ciclópeos brazos y se creyó vencedor. Pero he ahí que el japonés acude á su ingenio de serpiente, y por medio de una desconocida operación gimnástica, coge el cuello del burrucalari y lo aprieta fuerte, muy fuerte, hasta el punto de que brote la sangre del pescuezo del vasco. Entonces éste renuncia á luchar con un tal serpiente. ¿Para qué luchar?... Con un sujeto así no caben dilemas: ó se renuncia ó se le aplasta. Y el público entonces se indigna, protesta, se encoleriza: hasta se oye una voz terrible que exclama: ¡Pégale!...»

Exactamente lo mismo ocurría en Bilbao en las luchas que allí mantuvo Raku en los días en que yo estaba. El público, indignado de que aquel hombrerito menudo redujera á la impotencia á mocetones fornidos y con fama de samsones cuando alguno de éstos tenía por un momento á aquél bajo sus brazos le gritaba hasta ¡malale!

Vuelvo á ceder la palabra á Salaverria. «¡Ah, si se tratase de pegar, qué pronto quedaría todo terminado! El mocetón vascongado echaría el cuerpo atrás, levantaría el puño, lo dejaría caer, y la pobre ser-

piente japonesa no volvería nunca más á pelear. A este respecto, bueno será que recordemos aquella leyenda esparcida por todo nuestro país, contada de distintos modos, pero cuyo sentido es el mismo, así como su filosofía. Salía un marinero vasco á luchar con un boxeador inglés, en una plaza de Londres; el boxeador era muy diestro en la esgrima, y le trufa á nuestro marinero como á un guñapo, dándole ahora un puntapié, después un puñetazo, después un metido en los riñones; y nuestro marinero no acertaba á dar un golpe que mereciera la pena. Hasta que se cansó de aquel juego, molesto para su piel, y todo irritado, volviéndose á sus compañeros, les gritó: «¿Será libre el mar?» Le respondieron sus amigos: «¡Sí!».

E inmediatamente nuestro marinero cogió al inglés por el cogote con una mano, por las piernas con la otra mano, y lo quebró sobre su rodilla, como quien quiebra un bastón.»

Lo mismo decían en Bilbao. Y un mozo que hay allí, que presume de forzudo y desprecia á los flacos, se decía dispuesto á luchar con Raku, pero en la calle ó en el campo—mejor en el monte, como las fieras—y á puñetazo limpio. Eran muchos los que creían que el tablado del circo encerraba algún engaño, que allí había trampa. ¿Cómo era posible, si no, que aquel hombrerito menudo y fino, de aspecto simpato, redujera á la impotencia á los imponentes mocetones?

Hay que reconocer que Raku se hacía antipático al público, pero el verdadero motivo de la irritación de éste contra él era el ver la fuerza bruta abierta y sin dobleces, la brutalidad á que allí se rinde culto, sojuzgada por la destreza, por la habilidad, por el arte, por la ciencia al servicio de la fuerza también. Y digo esto porque Raku es, ante todo, fuerte.

Primero lo de la antipatía que provoca. Esto es indudable. Y la provoca por esa aparente é hipócrita cortesía japonesa, en la que nunca he creído. Cuando el público



protestaba, el japonés sonriente le mostraba el tablado como diciéndole: ven y convéctete de que no hay trampa. Otras veces se abusaba el bigotillo ratonesco en momentos culminantes. Y el público adivinaba en esto una cierta insolencia de vencedor que la distraza de cortesía y templanza.

De cuantas cosas se han dicho en loor de los japoneses, desde que éstos se pusieron en moda por su victoria sobre Rusia, una de las que menos he creído es la de que sea un pueblo de gente modesta. Me parecen soberbios, extremadamente soberbios, desdichosos y hasta insolentes. Sólo que su soberbia, su desdén y su insolencia toman formas hipócritas. Y ahora están ensoberbecidos por su victoria. Si llegan á derrotarlos los rusos, acaso á estas horas no creyeran ya ni en el teorema de Pitágoras.

El público se irritaba adivinando una cierta actitud de desprecio, se irritaba también por creer que no se debe abusar de la destreza y que en aquello de las llaves había no poco de inhumano, pero se irritaba sobre todo y ante todo al ver la pura fuerza, la fuerza bruta, venida por otra fuerza, tal vez menor, pero dirigida con más inteligencia. Protestaba contra la inteligencia.

Esa protesta la he presenciado muchas veces, y no sin cierta amargura, en mi país natal. En el fondo la inteligencia aparece allí como arma prohibida, como algo demoníaco, como una trampa, como un artificio para dominar á los sencillos. Hay un culto tal á la sencillez que frisa en culto á la brutalidad.

Salaverria exalta el culto que en nuestro país vasco se rinde á la fuerza y el respeto con que mira al hombre fornido y valiente. Y estableciendo diferencias entre las distintas regiones de España, escribe:

«La afición del pueblo en algunas regiones de España se diferencia de la afición del pueblo vasco en un sentido fundamental: entre la gente vulgar de ciertas regiones, el tipo de hombre más estimado es aquél que puede, en un momento dado, sacar de su corazón mayores instintos de fiereza; mientras que entre el vulgo vascongado, será más preferido el que más violencia y más fuerza pueda sacar de su ánimo y de sus músculos. Así, pues, entre el vulgo de ciertas regiones será considerada la fuerza como un elemento secundario sin importancia apenas, puesto que la punta de una navaja llega más lejos y más hondo que el puño cerrado; el tener fuerza ó el no tenerla carecerá de interés; lo importante será saber esgrimir un arma á tiempo, y poseer suficiente fuerza para clavarla. Dados estos sentimientos, no tardará en surgir el tipo representativo: el «chulo».

Esto está muy bien, mi amigo y paisano, ¿pero no cree usted que junto con ese culto á la fuerza física va un cierto recelo á la destreza, al arte, es decir, á la inteligencia?

Añade Salaverria:

«Así también, allí donde impere el tipo del «chulo» la mujer se forjará un ejemplar de hombre que reuna las condiciones apetecidas; la mujer allí querrá que el hombre sea de cuerpo liviano, de cintura flexible y bonita, de andar pausado y jactancioso, co-

mo el de un felino que está preparado para el salto, de mirada incisiva, de pie y manos pequeños, de miembros nerviosos y finos. Mientras que la mujer vascongada admirará á un ejemplar de hombre completamente distinto al anterior: su hombre habrá de ser alto, de espaldas anchas, de pecho erguido, de rostro varonil y claro, de manos robustas, de pies que pisen fuerte y con verdadera firmeza: un hombre que la pueda levantar á ella en andas, que pueda ser padre de sus hijos y trabajar para sus hijos...»

Muy bien: soy vasco como Salaverria, conozco nuestro país y á nuestras paisanas—mi mujer es vasca también—¿pero no siente esta mujer un cierto recelo también ante la inteligencia? Sobre todo cuando se deja guitar demasiado—lo que ocurre con lamentable frecuencia—por el confesor. Porque la inteligencia, es cosa sabida, conduce á la herejía.

Apenas hay buena cualidad que no tenga su lado malo y el lado malo de ese culto á la fuerza bruta, á la robustez corporal, es el desprecio, ó mejor dicho, el recelo, el miedo, el odio á la destreza, á la inteligencia.

Tenemos los vascos una fama, sobre todo entre el vulgo sudamericano, que no me place nada á mí, que soy vasco por todos costados, y á rectificarla he dedicado no poco trabajo. «Nadie diría que es usted vasco», me dijo en cierta ocasión un argentino, y le repliqué: ¿por qué? ¿porque no soy católico? ¿porque no uso boina? ¿porque no soy lechero? ¿porque hablo bien el castellano? ¿porque tengo amplitud de criterio? ¿porque no soy terco ni intransigente? ¿por qué?

Ese recelo, ese miedo á la inteligencia, hace que en nuestro país pese sobre los espíritus un terrible rodillo nivelador. En pocas partes es más peligroso apartarse de las ideas y creencias comunes, las de sufragio universal, en pocas partes se consienten y se perdonan menos los ataques al sentido común, á ese desgraciado sentido común que de ordinario no sirve más que para ahogar el sentido propio. Y de aquí proviene la singular cobardía que distingue á los hombres inteligentes de mi tierra; su temor á disentonar. Y de aquí ese carácter de apocamiento, de flojez, de exagerada parsimonia, que caracteriza á la literatura vascongada y que sugirió á Menéndez y Pelayo aquella terrible expresión de la «la honrada poesía vascongada». Si hay quien cree esto un elogio con su pan se lo coma.

Hace poco, después de haberle yo aquí dedicado una correspondencia, me escribía Zuloaga diciéndome que, en efecto, él se cree tan vasco como el que más, aunque allí, en su tierra y la mía, no haya asuntos para su temperamento artístico, que quiere á nuestro país y nuestro pueblo, pero sin «chocholerías». Empleaba esta voz bilbaina. Y así me ocurre á mí; quiero á mi tierra con delirio, mucho más, acaso, que todos los beodos que la están envenenando, mucho más que los infladores de leyendas y de rencillas, pero la quiero sin





«chochoterías» y en primer lugar sin la chocholería católica; ortodoxa la quiero sin necesidades bizkaitarrosas.

Y por eso me duele el culto á la fuerza bruta acompañado del recelo á la inteligencia.

Y aun transigén con ésta, con la destreza, cuando se pone al servicio de la fuerza..

Dicen que han invitado á Raku á que vaya á Bilbao y abra allí una academia de «jiu-jitsu». Es mejor que una biblioteca. A esa academia pueden concurrir los curas jóvenes de los pueblos, curas en su mayoría más ó menos separatistas ó antiespañoles, para aprender á discutir. Porque discuten así, á fuerza bruta y á lo sumo con tal ó cual llave más ó menos silogística.

En el famoso congreso de la «buena prensa»—es decir, de la prensa antiliberal ó católica—en Zaragoza se distinguió por su ruda acometividad y violencia de «burrucalaris» un cierto cura vizcaíno que allá, en su tierra y mía, goza fama de predicador. Si predicador de puño cerrado, á «burrucas», es decir á «buruca», á cabezadas, á topes como los carneros.

¿Cuándo desharemos, amigo Salaverria, una cierta fama que hemos cobrado por ahí fuera y que algunos paisanos nuestros se empeñan torpemente en corroborar? Porque el que ahí, en la Argentina, y en Chile, y en Méjico, y en otras partes fuera de España coja ciertas publicaciones en que paisanos nuestros barbotan todas las ineptias que aquí no podrían barbotar sin ponerse camino de la cárcel, quien coja eso no podrá formarse muy favorable idea de nosotros. Hay por ahí cada relincho...

No, para ser vasco y muy vasco no es menester gastar boina—que nuestros abuelos no gastaban—ni hablar vascuence—que nuestros nietos ó biznietos no hablarán—ni ser lechero, ni ser un hércules, ni mucho menos relinchar. Y tampoco es menester para ser vasco y muy vasco ser católico apostólico romano, ni renegar de España.

España significa para nosotros la cultura que aguza y fomenta la inteligencia, la lengua castellana es nuestra arma de combate espiritual—hasta los relinchadores relinchan... en castellano!— No vamos á pelear á topetazos. Basta de «burrucalaris».

MICHEL DE UNAMUNO.

